

Cirio morado / cirio verde

Manolo Martínez

Alejandro López López

“La Virgen de la Esperanza es reina de Sevilla y del mundo entero. Es mi verdad, y no tengo que pedir perdón por eso”

Convertir un apellido en una filosofía de vida y condensar en él los profundos valores a los que su portador lleva siendo fiel durante muchos años no es nada fácil. Que ese apellido diga más cosas que su propio dueño, que sea capaz de resumir todo su universo personal y una manera de ser particular, intransferible, única, que no deja a nadie indiferente, es el resultado de toda una vida en lealtad hacia sí mismo, sin traiciones, aunque con los lógicos errores. Transformar ese apellido en una marca es cuestión de coherencia, mucho más cuando es tan corriente que ocuparía cientos de páginas en las antiguas guías telefónicas. Lograr que lo común se vuelva único, que al decirlo se diga de una vez a esa persona con sus defectos y virtudes. Y lo más complicado, unirlo desde la niñez al nombre de una institución, sin la que la existencia encerrada en ese apellido dejaría de tener sentido, enlazando ambos con las sogas del amor incondicional, la entrega absoluta y la generosidad ilimitada. Apellido e institución fundidos como en esos nombres artísticos que unen para la Historia los del artista y su patria, diciéndole a la posteridad a qué lugar pertenece su alma. Martínez no es artista, Martínez es Martínez, y ante todo, es macareno. Porque decir Martínez en la Hermandad de la Macarena es mucho más que pronunciar un apellido, es individualizar entre centenares de hermanos que se apellidan así a este hombre, que por obra y gracia del amor a la devoción de sus mayores y por su fidelidad a sí mismo es único entre miles de macarenos. Decir Martínez en la Macarena es mucho decir sobre Manuel Martínez Suárez y sobre la Historia de la Hermandad de la Macarena.

“Me hicieron hermano en 1942, con siete años. Nací en la calle San Luis, junto al Pasaje de Valvanera, pero siempre estaba en casa de mi abuela paterna, Antoñita *la Santa*, en la plaza de San Gil. Al lado tenía la suya la familia Peñalosa, donde todos eran macarenos. Me apuntaron a la Hermandad mi abuela y la madre de los Peñalosa”. Hombre recio, intenta no exhibir sus emociones por pudor y porque en el fondo subyace la humildad de quien considera que su vida no es más ni menos especial que la del resto. Sin embargo hay recuerdos que pulsan la tecla de sus sentimientos haciendo temblar su voz cavernosa de fumador convencido. “De los Peñalosa recuerdo a Manolita, para nosotros *Nini*, que murió hace poco; macarena y camarera de la Virgen del Carmen de San Gil. Seguro que está en la gloria”. De ese año cuarenta y dos mantiene fresco el recuerdo de la primera salida de la Cofradía que vivió, descollando en su memoria el impacto que supuso la visión de la Esperanza en toda su apoteosis, rodeada de aplausos y vítores, por la mañana ya en su barrio, que la hizo suya en una explosión de devoción y celebración populares. Allí no había cofradía ni reglas, solo Ella y los suyos arremolinados en una espiral gozosa. Éxtasis macareno que terminó “casi a las seis de la tarde del Viernes Santo” cuando la Virgen por fin pudo entrar en San Gil.

Su abuela le hizo hermano de número, pero a sus padres les debe llevar en su ADN esa manera distinta de ver la vida y comportarse ante sus alegrías y desgracias, esa condición que nadie sabe definir pero que todos reconocen bajo el adjetivo *macareno*. Su madre nació en el Corral Gallego y su padre en la calle Torrijano. El matrimonio tuvo seis hijos, “todos macarenos”. “Yo soy hijo de padre y madre macarenos, vengo de una familia de macarenos antiguos, lo llevo



a orgullo y lo pregono por donde voy". Cuando se refiere a los "macarenos antiguos", se está refiriendo a los macarenos de ley, a los cabales de antes y de ahora, a los de siempre, a esos cuyas vidas orbitan en torno a la portentosa Estrella de la Mañana; hombres y mujeres que solo entienden el sentido de la existencia -y de su final- bajo la luz acogedora del Sol de la Macarena. Martínez lo define con sabiduría popular y finura macarena: "Vengo de macarenos antiguos, de los macarenos que no estrenaban el Domingo de Ramos sino el Viernes Santo por la mañana, que era cuando salía la Virgen de la Esperanza".

Sus primeros recuerdos de aquel barrio son del principio de los cuarenta. Además de la casa de su abuela en San Gil, rememora con nitidez sus primeros años de colegio. "Me metieron en el colegio de párvulos de doña Esperanza, frente a la iglesia de San Luis, y de ahí me pasaron al colegio de La Salle de esa misma

calle". Su paso por esta última institución le marcará para siempre. "La fe en Dios me la dieron los hermanos de La Salle, en particular el hermano Secundino". Habla de él, y el tono de su voz se tiñe de agradecimiento por un regalo de valor incalculable, la fe, mientras que esa voz tiembla al recordar a su abuela y a los Peñalosa, quienes le entregaron un segundo presente, el de la caridad. Y su timbre de voz, tan personal, arañado por el tabaco negro, vibra hasta casi romperse al nombrar a quienes le dieron el tercer don, sin el que los dos anteriores carecerían de sentido, el más perseguido y preciado para el hombre, la esperanza. Así, al rememorar a sus particulares Reyes Magos, esos que en siendo niño le legaron los tres cofres que le ayudan a vivir, la voz con denominación de origen *martínez* borda con sus distintas tonalidades una gloria efímera de recuerdos coronada por esa fe, esa caridad y la Esperanza.



El centro de la mínima geografía infantil de Manolo Martínez es la calle San Luis, “muy diferente a la de hoy, que es incomodísima para pasear y andar”. Sus primeros años se desarrollan allí. Como todo niño, cree que el universo se limita a los lugares donde juega, aprende y están sus padres; más allá de las risas, los cuadernos de caligrafía y los besos maternos no hay nada, tampoco necesita más para ser feliz. Su mapamundi medía unas decenas de metros y tenía forma rectilínea. “El ambiente de San Luis era diferente, había casas de vecinos y la calle era macarena por completo. Se respiraba Macarena por todas partes. Tan macarena era que antes de la Coronación, cuando entró como Hermano Mayor don Ricardo Zubiría y cambió el itinerario de la cofradía, que dejó de pasar

por San Luis y el Pumarejo, los vecinos de esas calles no paraban de protestar y pedir que volviera a pasar por allí. Se formó un lío gordo. Con el tiempo se ha visto que fue un acierto”. Recorre mentalmente aquel barrio de su niñez y concluye el paseo por su memoria con un suspiro casi inaudible. Le faltan muchas cosas. “El barrio ha cambiado completamente. Al lado del Arco estaba el calentero con su puesto, Casa Martín. El bar Plata, que después lo compró Benito. Esa calle Resolana con las mujeres sentadas a las puertas de sus casas en sillas y con los búcaros para beber, mandaban por seis pavías y un cartuchito de papas fritas... La frutería de Pepe *El Pelao*, donde hoy hay una casa de muebles, aquellos corrales de vecinos... El hospital y el trasiego de gente a todas horas. La diferencia es enorme, el barrio no hay quien lo reconozca ya”. En este deambular por las calles del pasado Martínez cruza la Resolana para meterse en el corazón del barrio de la Macarena. “Los callejones, Jaira, Monederos, Esperanza, Adelantado, todo eso era macareno puro. Ahí estaba la semilla del barrio y de la Hermandad. Todas esas calles llenas de corrales, donde vivían las familias enteras. Las casas pasaban de padres a hijos. Luego todo eso se tiró y los macarenos de cuna tuvieron que irse a otros barrios. Antes no pasaba eso, los macarenos nacían allí y se morían allí”. Manolo conoció aquellos callejones rebosantes de vida, un pequeño barrio que hervía desde primeras horas de la mañana y cuyo faro siempre brillaba enfrente, la Virgen de la Esperanza. Los callejones siguen bullendo idealizados en su recuerdo, por eso le choca lo que hoy ve. Ha comprobado con dolor aquello que dice la canción, que al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver: “Pasé con la Cofradía por los callejones cuando se recuperó ese recorrido hace unos años... el cambio fue radical, allí había gente, pero muy pocos macarenos. Los balcones estaban abarrotados pero de gente ajena a la Cofradía. Miraban pero no sentían. Se notaba que allí faltaba algo, que no se había mamado ser macareno”. De vez en cuando Martínez regala una de sus frases, marca de la casa, cortas como su estatura y directas como su mirada, que resumen muchas cosas sobre la Hermandad. “Hoy en día son pocos los que cruzan de allá (los callejones) para acá (la Basílica)”.

Conserva escasos recuerdos de la Hermandad en San Gil. Los pocos que tiene están anudados a las manos de su abuela, esa pecera tibia donde nadan felices los peces eternos de los primeros recuerdos infantiles. Las manos han hecho la Hermandad más íntima y verdadera, actuando como indestructibles cadenas que unen a los muertos con los vivos y a estos con los que vivirán algún día; las manos, acequias de piel que llevan el agua fresca y pura del amor para regar el campo de la devoción. Sus manitas aferradas a las manos sarmentosas de su abuela, que lo llevaba a San

Gil a besar otras manos con aroma a siglos, esas que el tiempo le enseñó que eran las laderas por las que ascender al portentoso monte de la Esperanza, desde donde se otea el horizonte de la existencia limpiamente, dejando abajo las nubes de las dudas. “Recuerdo que mi abuela me recogía en La Salle para llevarme de la mano al Besamanos en San Gil y luego me volvía a dejar en el colegio”.

Manolo sí mantiene nítida en su memoria la construcción de la Basílica, un acontecimiento que el barrio vivió con gran expectación. “Recuerdo el día que se inauguró, tenía yo siete añitos, y cómo llevaron a nuestras Imágenes en tres pasitos a la nueva Basílica, fue algo indescriptible”. El apellido Martínez tiene como seña de identidad hablar claro y hacer justicia dando a cada uno lo que considera que le corresponde, de ahí que remarque “la Basílica se la debemos al general Bohórquez”, y recuerda que “allí había una callecita estrecha que estaba entre San Gil y los terrenos escriturados para el nuevo templo, y consiguió quitarla para unir las dos iglesias tal y como las conocemos hoy”.

Empieza a vivir la Hermandad con más intensidad a partir de 1947. “Iba los sábados a la Salve, solo”. Uno de esos sábados se produjo un encuentro que jamás olvidará: conoció a Antonio Ángel Franco *El Melli*, amigo insustituible desde entonces y sin el que la vida de Martínez sería distinta. “Ahí conocí a mi amigo *El Melli*, y después también a Fernando de los Reyes y a Mena Martagón. Hice grandes amistades. Entonces no había tanta gente en las misas de los sábados. Cuando decían a cambiar a la Virgen y al Señor allí éramos tres gatos”. No echa de menos aquella Hermandad de “tres gatos”, está orgulloso de que actualmente la Basílica rebose de hermanos y devotos a cualquier hora del día y que las actividades sean cada vez más numerosas. Quiere una Hermandad abierta a todos, a cuanta más gente mejor. “En aquel entonces el Quinario se celebraba a lo ancho, en el altar del Señor, y no se llenaban los bancos. Hoy, gracias a Dios, eso ya no pasa, no se cabe”. Con una anécdota es capaz de mostrar la diferencia entre aquella Hermandad de su juventud, más reducida y familiar, y la actual: “Al término de un culto le entregaban un cuadro al padre Bernabé Ruiz en señal de agradecimiento. Yo estaba en el atrio y Don Francisco Bohórquez salió y me dijo ‘Oye, muchacho, ¿tú eres hermano?, pues entra que nos vamos a tomar una copita’. Me metieron en la Sala de Juntas con todos los oficiales y personalidades. Yo me quedé en un rincón hasta que le dieron el cuadro”.

Los sábados como día de encuentro, misa y amigos, el resumen más breve y cierto de lo que es Hermandad. Fue forjando amistades que le han acompañado, y

siguen haciéndolo aunque ya no estén, en este largo recorrido vital. Nombres que los más jóvenes admiran como ejemplos de macarenos, esos son los amigos de Martínez, los juncos que entrelazados formaron el robusto cesto de la Hermandad donde se ha ido echando la fruta nueva para que madurase. Habla de apellidos y mote que son leyenda íntima macarena. “Todos los sábados, mi amigo Manolo Muñoz y yo salíamos a pedir en la misa, era algo a lo que no podíamos faltar. Un Sábado de Gloria habían invitado a la misa a unos pocos generales y capitanes del ejército. Estaban en el primer banco y cuando tuve que pasar con el canasto para la colecta se pusieron de pie. Aquello imponía, tantas medallas y condecoraciones. Pero ninguno hacía por echar nada. Entonces Don Francisco Bohórquez sacó un billete y lo echó en el canasto para que se viera bien, así que los militares no tuvieron más remedio que retratarse y soltar la *tela*”, cuenta con la ceja izquierda levantada y la mirada de niño travieso.

Martínez no regala el *Don* a nadie. Cuando lo utiliza es porque le profesa un profundo respeto a alguien y considera que es digno de llevarlo. Administra este tratamiento a contadas personas, y una de ellas es Don Francisco Bohórquez, de quien “solo conservo buenos recuerdos”. No tiene reparos en afirmar que “ha sido uno de los mejores, si no el mejor, Hermano Mayor”, y lo basa en “su entrega absoluta a la Hermandad”. “Gracias a Don Francisco tenemos todo lo que hoy tenemos, empezando por la Basílica; reposa donde reposa porque se lo ha merecido y la Virgen así lo ha querido”. “Fue sin lugar a dudas el principal artífice e impulsor de que la devoción a la Esperanza se hiciera universal”, si bien “hubo otros, como Don Manuel Luengo Muñoz, que mandaba cartas a todos los puestos de la Guardia Civil del país para fomentar la devoción a la Esperanza y a Latinoamérica para que se fundaran Hermandades con esta advocación”. La universalización de la devoción tiene su momento culminante en la Coronación Canónica de la Virgen de la Esperanza en mayo de 1964. “Aquello fue un acontecimiento mundial. Yo viví la Coronación con y en mi Hermandad, no había otra manera posible”. Sabe que los logros son producto del trabajo colectivo, y la Coronación lo fue, aunque para él Mena Martagón “tuvo mucho que ver en hacer realidad ese sueño de los macarenos”. Martínez fue integrado en una de las comisiones que se crearon, la de caridad, y recuerda a toda la Hermandad y al barrio en un torbellino de actividad constante. “Tengo la imagen de los preparativos en la Plaza de España, la majestuosidad de aquel altar para la Virgen, y recuerdo cómo todo se nos venía abajo cuando empezó a llover y tuvimos que cambiar el sitio. Nos fuimos para la Catedral, aquello era de locura, no había por donde entrar, la seguridad que había allí, el jefe del Estado... nos costó



la vida entrar, y eso que los miembros de las comisiones teníamos sitio reservado. Quien lo vivió no puede olvidarlo jamás". "Cambiar el sitio de la Coronación en menos de veinticuatro horas no lo hace cualquiera, y la Hermandad pudo con eso. Ahí te das cuenta de lo grande que es la Virgen". Mantiene en la gota de ámbar de su recuerdo las emociones intactas de ese día, tan vivas que lo ensimisman. Regresa a aquel mes de mayo de hace casi cincuenta años, lo transita interiormente, suspira y cae en el presente aún impactado por lo que acaba de revivir. "Fue un acontecimiento mundial", dice para sí mismo, y retoma su tono rotundo para dictar un auténtico tratado de teología al modo macarena, que bien podría convertirse en protesta de fe macarena: "¡Es que la Virgen de la Esperanza es la Virgen de la Esperanza, Dios mío! Yo respeto al resto de Vírgenes y devociones, pero cuando te pones delante de Ella, te escucha y te echa dos lágrimas, y luego te sonríe ¿quién puede con eso, Dios mío? Es reina de Sevilla... y del mundo entero. Es mi verdad, y no tengo que pedir perdón por eso, otros tendrán la suya". Y remata haciendo gala del orgullo de genealogía macarena: "Yo vine del tronco, a mí no me apuntaron".

Otra fecha inolvidable en la agenda de sus pupilas es el 5 de junio de 1971, cuando Sevilla reconoce la grandeza de la Virgen de la Esperanza y la simboliza en la imposición de la Medalla de Oro de la Ciudad sobre su pecho por el alcalde Don Juan Fernández y García del Busto. "Don Eduardo Miura era Hermano Mayor y yo entonces Prioste de la Esperanza, imagínate la responsabilidad porque iba de Fiscal de su paso. Mi amigo Manolo Maldonado era el Prioste del Rosario. En las calles no se cabía, aquello era una locura. Yo lo viví con mucha responsabilidad, delante de Ella". Su voz de cantaor antiguo se quiebra como en una siguiirya agri dulce cuando recuerda un balcón de la calle Feria ese día. "Mi madre vivía ya en la calle Feria. Era digno de ver aquella calle con todos los balcones engalanados con mantones de Manila y colchas, la gente parecía que iba a caerse porque no cabían. Al llegar al de mi madre, ella bajó a darle un ramo de flores a la Virgen. Yo iba delante de Fiscal con José Ariza *el Abuelo*, que era el capataz, y sus hijos Rafaelito y Pepito. Mi madre me dio el ramo para que se lo pusiera a los pies a la Esperanza... mis dos madres...". Aún emocionado por esa estampa, reconoce que la procesión de la Virgen al Estadio Olímpico de 2010 "me ha recordado mucho

el ambiente de aquel día de la Medalla de la Ciudad y me ha vuelto a demostrar que la Esperanza puede con todo y arrastra multitudes allá donde vaya". Este macareno ilustre no es de los que piensan que todo tiempo pasado fue mejor, intenta ser justo con cada época. Desde la atalaya de sus años dedicados plenamente a la Hermandad, y sin aferrarse a una idealización del pasado, su visión es privilegiada. "Hoy está mejor que nunca", y lo justifica desde su experiencia pero también desde el presente, porque sigue viviendo a diario la Hermandad. "En aquellos años la Hermandad tenía unas ciento treinta túnicas en propiedad para prestarlas, pues más de cien eran para salir en el Señor. Las insignias pesadas tenían que sacarlas personas a las que se les pagaba y en el estandarte iban dos de la misma altura para que pudieran cambiarse las túnicas y hacer uno la ida y el otro la vuelta". Describe a la Cofradía de su juventud como "mucho más corta que hoy en día, sobre todo el Señor, que llevaba poquísimos nazarenos. La Cofradía ha crecido, y hay que darle gracias a Dios por eso. No solo en número sino en seriedad. Hoy, la mayoría de los hermanos que hacen la Estación de Penitencia se comportan dignamente. Antes se dejaban las insignias por el centro y Abelardo las tenía que recoger al día siguiente. Hoy salen y se recogen todas las insignias. Desde que tengo recuerdos, ahora es cuando mejor va". Con la legitimidad de quien ha trabajado incansablemente para engrandecer ese inmenso monumento de devoción popular, asegura que los macarenos "tenemos una Cofradía modélica y digna de respeto, porque las Cofradías *serias* no son solo las de ruán". Martínez es más Martínez que nunca cuando defiende sus principios, respira hondo, calla unos segundos y afronta la explicación de uno de ellos, quizás de los más importantes, y que en su boca adquiere el carácter de lección magistral de *macarenismo*: "Para que una Hermandad sea seria debe serlo los trescientos sesenta y cinco días del año, y la Macarena es seria desde hace mucho tiempo ya".

"La vida de Hermandad también ha cambiado", lo afirma quien ha unido tanto la suya con la de la corporación que no puede desligarlas. No obstante Manolo es un macareno exigente: "La vida de Hermandad que se hace ahora es grandiosa, aunque quisiera que viniera todavía más gente, que aquí no se cupiera. Y en la misa de nueve de la mañana veo poca gente todavía, porque yo vengo todas las mañanas a verla a Ella, y algunas veces me quedo en misa cuando me lo pide el corazón, y vuelvo por la tarde". Charlar con Martínez es asistir a la clase de un catedrático militante del *macarenismo*. Su currículo macareno apabulla, aunque él lo repasa sin darle mayor importancia, convencido de que ha cumplido con su obligación sin más. "He sido miembro de la

Junta de Gobierno diecisiete años, además de estar siempre por la Hermandad, antes y después de serlo. De todo lo que he sido me quedo sin ninguna duda con el cargo de Prioste de la Virgen de la Esperanza".

Ser miembro de Junta supone "un honor y un privilegio" pero ante todo "una responsabilidad enorme", y así lo transmite al recordar cómo eran sus madrugadas con la Cofradía en la calle. "He salido muchos años como diputado de tramo pero cuando eres miembro de Junta y Fiscal del paso de la Virgen tienes una responsabilidad que no tienes saliendo de nazareno raso. La Estación de Penitencia se te hace interminable, no ves la hora en que la Cofradía esté dentro. Delante de la Virgen de la Esperanza hay momentos emocionantes a más no poder, las caras de la gente que le piden, le hablan, le rezan, son muchos los sentimientos que se te vienen a la cabeza. A mí me pasaba, me emocionaba pero no podías dejar tu responsabilidad, porque de repente alguien tiraba algo o se escuchaba un ruido y la gente se asustaba. Hubo otra época que cuando nos daban ramos de flores los abríamos antes de ponerlos a los pies de la Virgen porque no sabíamos si podía venir algo dentro". Su sabiduría residía en combinar esa responsabilidad como Oficial de Junta con la emoción irrenunciable del macareno que vibra delante de la Esperanza. "Hay momentos para todo, pero cuando toca estar pendiente, hay que estarlo, y cuando uno se puede relajar un poco, hay que disfrutarla como el que más", afirma con la contundencia de su mirada, curtida en muchas madrugadas y amaneceres. "Cuando vienes de vuelta estás loco por que la Virgen entre, sé que habrá quien me critique. Aunque goces con Ella en las Hermanas de la Cruz o con las saetas que le cantaba Naranjo enfrente del convento, con la música y los costaleros a compás, de repente hay un instante en el que se te



viene encima la responsabilidad y eres consciente de que tu papel es garantizar que la Cofradía vuelva tal y como salió". "Todos los años no es igual, pasan cosas distintas, que no puedes controlar. Imagínate que un año se te ponen malos los costaleros o algo así. ¿Quién prevé eso? Claro que te alegras cuando ves a la Virgen con la gente, rodeada de tantas criaturas, pero sufres mucho por la responsabilidad". Y sentencia, "para mí, el mejor día de la Semana Santa es el Sábado de Gloria porque el Señor y la Virgen ya están dentro, y quien quiera verlos tiene las puertas abiertas de la Basílica". Al profano que no conozca a Martínez sus afirmaciones podrán parecerles inflexibles, si bien lo único que encierran es un amor ilimitado por sus Imágenes y una sólida concepción del deber.

Ya hace diez años que Manolo no se viste de nazareno, "desde que murió mi compadre, Pepe García". No lo cuenta, pero se le escapa en cada matiz de su voz que esa decisión responde a alguna inconfesada promesa que este hombre leal hizo en memoria de su compadre. Los motivos solo los conocen su conciencia y la Virgen de la Esperanza. "Ahora me vengo el Jueves Santo por la mañana a la Basílica y por la noche me quedo hasta que Ella sale. Luego me voy a mi casa y me encierro". Para él, la madrugada del Viernes Santo sin la Esperanza no tiene sentido, lo único que hace especial esa noche y la diferencia del resto es que la Virgen pisa el suelo de la ciudad. "Tengo setenta y siete años -arrastra cada sílaba para remarcar su edad- y no conozco una cofradía de la *Madrugá* en la calle. Cuando la Esperanza no salía, había gente que se iba a ver las Cofradías que sí salieron; yo lo veía bien, pero conmigo que no contaran. No sale la Virgen de la Esperanza, *pa* mi casa. Ahora que no salgo también me voy y me meto en casa. No voy a verla porque entonces me daría un infarto, prefiero encerrarme toda la noche". Imaginar ese encuentro conmueve hasta la raíz a Martínez, que bebe agua y abre una pausa para calmarse antes de soltar otra de sus verdades, esas que defiende le pese a quien le pese. "El Viernes Santo por la mañana hay hermanos y hermanas como en todas las cofradías, y en esta somos muchos. La mayoría tiene un comportamiento de diez porque nuestra Estación es un verdadero sacrificio, una penitencia grande... -vuelve a callarse, suspira y dice como para sí mismo- y una verdadera alegría para quien pueda hacerla...". Recupera los bríos: "Cuando yo salía, había algunos, muy pocos, que al entrar la Virgen decían 'Ea, hasta el año que viene, *miarma*', y no venían más. Yo me volvía, y les decía que la Virgen estaba allí todo el año... pero la mayoría no es así, eso ha cambiado mucho".

Martínez enciende otro cigarro, unos cuantos ya durante la conversación. Sus movimientos son pausados, de

fumador antiguo. Viéndole apurar las caladas parece salido de un *western* de Ford, pero Martínez es de la calle San Luis y el único *saloon* que ha pisado es El Soto. La neblina del humo del tabaco le permite retroceder en el tiempo en busca de aquellas manos que le siguen sosteniendo desde que las de su abuela le llevarán a besarlas por vez primera. "El Besamanos de la Esperanza también ha cambiado. Hace muchos años las noches del Besamanos no eran como ahora. Allí nos quedábamos Juan Velasco, Haretón padre, Abelardo, Fernando de los Reyes y tres o cuatro empleados de la Hermandad que estaban toda la noche. Yo me quedaba junto a la Virgen hasta las cuatro de la madrugada, a esa hora me iba porque entraba a trabajar a las cinco". Conoce las vigiliadas actuales, "veo bien que haya hasta colas para estar toda la noche con la Virgen, es de agradecer que tanta gente se quede con Ella", aunque lo que sigue igual, antes y ahora, es "la esencia del Besamanos, ésa permanece, solo hay que ver las colas que llegan más allá del cine Bécquer". Martínez vuelve a hacer gala de su finísima sabiduría macarena para definir una de las claves que sostienen la devoción a la Virgen. "La transmisión del cariño y la devoción a la Esperanza la hacen los padres a los hijos, incluso los que no son hermanos pero esos días se acuerdan de que Ella está esperándoles, y le llevan a sus niños. Hay que darle gracia a Dios".

Esa devoción a la Esperanza, que desborda los límites del barrio y de la ciudad para hacerse universal, se convierte en "íntima" para el Señor de la Sentencia. Martínez la ha visto crecer, por eso no duda al reconocer que "esta devoción al Señor que hay desde hace algunos años jamás se había vivido en la Hermandad". No vino sola sino alentada por macarenos que la fueron fomentando y extendiendo. "Dedicar los primeros viernes de cada mes al Señor se decidió estando Sabas del Río en la Junta, a la que yo también pertenecía. Entonces no se ponía al Señor en el altar mayor sino que se quedaba en su capilla, allí se celebraba la misa. Después, con las Reglas nuevas, se instaura ponerlo en Besamanos además de la misa, y eso indudablemente ha fomentado la devoción muchísimo". Un río que siempre existió aunque hoy se haya vuelto más caudaloso: "La devoción al Señor siempre ha existido, era más minoritaria. Ahora, quien es del Señor, lo es completamente".

Su profunda fe cristiana no puede entenderse sin las Sagradas Imágenes de su Hermandad, a las que venera y profesa devoción desde la infancia. Fe madura y consciente, alejada de cualquier idolatría, donde las Imágenes son las balizas seguras que le guían en la no siempre fácil singladura de la vida. Martínez no necesita tratados de Teología para explicarlo, lo hace con la teología sencilla del barrio, puro Trento de las

huertas macarenas: “Yo terminé de aprender la fe cristiana aquí en la Hermandad. Muchos sacerdotes que vienen a predicar los cultos me hacen reafirmarme constantemente en mi fe. Con el Señor, la Virgen del Rosario y la Esperanza es muy fácil creer... pero es difícil también. Hay que pensar que tenemos ahí tres Imágenes que deben ayudarte a rezar a Dios en el sagrario y a su Divina Madre, que es la que está en su gloria, allá arriba”. Tanto las ama y tan seguro está de su capacidad mediadora para llegar a Dios que se rebela contra quienes niegan ese valor devocional, incluso si son sacerdotes. “Una vez un cura dijo en misa, refiriéndose a la Virgen, que era de madera. Esperé a que acabara la misa y le contesté ‘La Virgen es de madera, sin lugar a dudas, yo lo sé, pero podría usted terminar diciendo que nunca se encontrará un mejor parecido con la del cielo que esta que tenemos aquí. Y si no, pregúntele usted a los que están en los bancos porqué vienen a la Basílica, si es para escuchar misa o verla a Ella. De veinte, diecisiete dirán que vienen porque Ella los ha llamado, pero esos diecisiete que entran para verla al final se aprovechan de lo que escuchan en la misa’. Eso le dije al cura”. Es lógico por tanto que tenga claro que las Sagradas Imágenes son el mayor patrimonio de la Hermandad, que con Ellas no se puede jugar, que hay que extremar su cuidado porque dan sentido a la vida y muerte de muchas personas. De ahí que permanezca imborrable en su recuerdo la restauración de los Sagrados Titulares en 1978, uno de los momentos que vivió con mayor tensión en la Hermandad, consciente de lo que estaba en juego. Fueron días de enorme incertidumbre, “como cuando te dicen que tu padre o tu padre están malitos y hay que operarlos”. “Yo lo viví con González Reina de Hermano Mayor, fue lo primero que hizo al entrar en el cargo. Por mi manera de ver la Hermandad y mi fe, restaurar a las tres Imágenes Titulares, y que todo saliera como salió, es el momento más importante que he vivido”.

De los años como miembro de Junta –diecisiete no consecutivos- “me quedo con el tiempo que fui Prioste de la Esperanza, sin duda”. La única espina que tiene clavada es haber sido Mayordomo de la Esperanza, “aunque lo fui sin serlo de nombre”, suelta esa coletilla con media sonrisa en los labios, y añade “otro día lo contaré”. No se sabe bien si Martínez vale más por lo que cuenta o por lo que calla, la discreción es otra de sus señas de identidad. Más allá de este detalle, siente un íntimo orgullo por haber sido el impulsor de las pinturas que decoran la Basílica. “Una de las cosas de las que me siento más orgulloso es de haber traído a Don Rafael Rodríguez Hernández para pintar la Basílica. Le presenté el boceto de la capilla del Rosario a Don Eduardo Miura antes de que terminara su mandato como Hermano Mayor y me dijo que por el momento lo iba a dejar sobre la mesa. Me dio largas, vamos.

Luego, nada más entrar Don José González Reina se lo volví a presentar. El presupuesto eran 450.000 pesetas. Se hizo, gustó, y ahí está”. No fue fácil pero el tesón y el cariño de los macarenos lo hicieron posible. “En Mayordomía no había un duro, así que empezamos con las donaciones y poco a poco se fue haciendo. Hubo hermanos que hicieron aportaciones y, por supuesto, la señora de Banús, ella siempre estaba para estas cosas”. También en esta ocasión dejó la impronta del *estilo martínez*, tenaz y riguroso para las cosas de su Hermandad. “Yo era Mayordomo del Rosario cuando se pintó la capilla. Se acordó en Junta que el dinero de la Mayordomía de la Esperanza, adonde iban las cuotas de los hermanos, se dividiera al cincuenta por ciento para las dos Mayordomías. Rafael, el pintor, me temía porque yo era muy riguroso con los parnés. Decía que le daba miedo pedirme el dinero. Yo le buscaba las cosquillas, siempre bromeaba con él, aunque luego le pagaba religiosamente. Era muy buena persona, y un gran artista”.

Su obsesión siempre ha sido cómo mejorar la Hermandad. Como Oficial de Junta se caracterizó por su inquietud, presentando continuamente propuestas que entendía positivas para la corporación. No solo fue el precursor de la decoración del templo sino que impulsó la creación de la cuadrilla de hermanos costaleros. “Le propuse a Don Eduardo hacer la cuadrilla de hermanos costaleros. *El Melli* fue el único que me ayudó en esa Junta. Había hermanos que estaban locos por meterse debajo. Carlos Monge, *Teté*, los hermanos Lomba y otros muchos querían salir de costaleros, así que me fui una mañana al puesto de Manolo García en busca de Salvador Dorado *El Penitente* para hablarlo con él. Me dijo que ya no enseñaba más, que estaba hartado. Yo cogí y le dije ‘La Macarena va a tener una cuadrilla de hermanos, con usted o sin usted’. Empezamos con *Blanquito*, luego vino Manolo Santiago, gran amigo mío, y Luis León. Yo he ensayado con esa cuadrilla, me metía debajo las noches de ensayo y a lo mejor me decía Luis León ‘oye, Manolo, que está lloviendo y hay poca gente’ y le respondía ‘*pa* la calle, a ensayar, hay que salir’. Las cosas hay que ganárselas y demostrar que es posible lo que los demás creen imposible”. Al hablar de costaleros hace un inciso de cariño para nombrar a su amigo Rafaelito Ariza y recordar que “llevó los pasos de la Cofradía de dulce”.

Salpica la conversación de nombres de macarenos, conocidos unos, desconocidos otros. Martínez se considera macareno de cuna pero tiene claro que aprendió a serlo gracias a esos hombres y mujeres de la Hermandad que le enseñaron a respetarla y amarla. Todo lo que sabe se lo debe a ellos, dejaron en su espíritu sedimentos que a la larga formaron el suelo firme y fértil de su vida. “Mis referentes son Don

Francisco Bohórquez y Don José González Reina, y en la forma macarena, Mena Martagón. También Manolo Ojeda, Fernando de los Reyes, *El Melli*... Pepe García, mi compadre, *Ramitos*, un gran amigo, y Pepe Luque. Borjabad, que me inculcó rezar todos los días el Ángelus, algo que sigo haciendo a las doce del mediodía, me coja donde me coja... Gracias a Dios han sido muchas las personas que me han querido, y yo las he querido mucho a ellas". Amigos que se fueron allí donde prometen los ojos de la Esperanza, por eso confiesa que "cada vez que me pongo delante de Ella me acuerdo de todos los que he conocido en la Hermandad, de mis amigos. Manolo Gamero, Távora, Morales, Pepe García, *El Melli*... éramos unos cuantos amigos, todos en torno a la Hermandad, cada uno contaba sus cosas. Nos queríamos una barbaridad". Apurado se excusa, "que me perdonen los que no he nombrado, son tantos que seguro que alguno se me ha olvidado".

Una de las cosas que aprendió es que no se puede ser buen macareno sin ser agradecido, y lo pone en práctica a cada momento. Es otro de los ingredientes que le definen, un concepto de la amistad inquebrantable que lleva hasta sus últimas consecuencias. "La Junta de Manolo García me nombró Camarero del Señor. Mi amigo del alma, *El Melli*, vivía y era Camarero. Se lo agradecí a la Junta pero dije que mientras viviera Antonio, el Camarero efectivo era solo él". Suspira y añade entrecortadamente "Antonio ya está en el cielo". Tan fuerte era esa amistad que en 1992 Martínez pidió que la medalla conmemorativa de sus cincuenta años como hermano se la pusiera *El Melli*.



Sabe del valor de los jóvenes, potencial que no debe ser desaprovechado, del que saldrán los futuros macarenos. "La juventud que tiene hoy la Hermandad no la ha tenido nunca, y te lo digo con conocimiento de causa porque este colectivo se fundó conmigo en la Junta de Miura. No había nada. Hoy hay acólitos, monaguillos, formación, lectores... jóvenes comprometidos y que trabajan por su Hermandad. Cada vez asumen más obligaciones, sacrificios y ganas de trabajar. Yo estoy encantado con esta juventud". Manolo sigue viviendo el día a día de la Hermandad, y se nota. Conoce todos los proyectos y actividades que desarrolla. Entre ellos destaca el Proyecto de los Veteranos Macarenos porque "me encanta que los más jóvenes se preocupen por los mayores que no pueden venir a la Hermandad por sus propios medios". Traga saliva, carraspea y con voz grave expresa un pensamiento que le angustia. "Eso se lo pido a Ella, que no me tengan nunca que traer a verla en un carrito". Martínez es así, sin medias tintas. Cada palabra, cada gesto y cada silencio de Martínez son lecciones para quien quiera llegar a ser buen macareno. Si hubiera una asignatura sobre *macarenismo*, su vida sería materia obligatoria, una auténtica guía espiritual y existencial. La charla entra en el terreno más sensible de este hombre, recorre las estancias más íntimas de su alma, esa parte de Martínez que solo unos pocos elegidos conocen, los más suyos. Ahí está su *sancta sanctorum*, el centro de su fe y su devoción, donde custodia su mayor tesoro. "Ser macareno... uf...". Sonríe unos instantes y recobra el rictus de seriedad absoluta y trascendente, como si estuviera a punto de desvelar su testamento vital. "Yo lo veo fácil. Otros lo tendrán complicado. En la vida, si quieres, hay tiempo para todo, esa excusa no vale. Habrá quien me supere en *macarenismo*, seguro. Yo no sé definirlo, lo único que sé es que no puedo levantarme sin venir cada mañana aquí e hincarme de rodillas delante de Ella, aunque sea diez minutos. Y luego salgo con ánimos, con ganas de luchar, que hoy las necesito más que nunca. Me acuerdo de Loli, mi mujer. Solo puedo decir eso sobre qué es ser macareno".

Todo desemboca en el único océano posible, en el eje sobre el que gravita su existencia, la Virgen de la Esperanza. "Cuando estoy a solas con la Virgen no hay palabras para expresar lo que siento. No quiero dejar de ser Martínez pero me gustaría tener una voz prestada de los poetas que le han cantado y de los que saben escribir. Yo no tengo esa palabra para significar y dignificar lo que siento dentro del corazón. Lo único que le pido es *jincarme* de rodillas delante de Ella, que me dé salud para venir aquí y rezarle. Que no me pese nunca. Expresar esto en palabras es imposible. Te acuerdas con Ella de los ratos buenos pero también de los malos. Los malos, Ella los arreglará,

seguro". Ese verbo utilizado por Martínez (*jincarme*) con la *h* convertida en *j* por el énfasis de quien cree en lo que hace es en sí mismo un rezo que nace de lo más profundo de este hombre y un resumen de cómo entiende su fe y la devoción a la Esperanza. Una palabra deformaba por la intensidad del amor, que explica y condensa en sí una manera de existir particular. La Esperanza también utiliza las palabras, a su manera, y habla de muchas formas, en miradas, en labios, en caricias, en repelucos, en carnes y huesos de los más suyos. Y Martínez, no cabe duda, es una palabra destacada de la Virgen de la Esperanza. Las palabras son el traje con que se visten los sentimientos, tienen una importancia trascendental porque dan pistas sobre las verdades y la Verdad del hombre. La palabra es el camino para la Verdad que da la Vida, y Manolo Martínez tiene claro que le basta una de nueve letras, Esperanza. Es el nombre de Aquella ante quien se postraron todos sus antepasados y sus amigos, ante quien rezan sus tres hijas –Lola, Carmen y Esperanza– y sus cinco nietos ("a todos los hice hermanos yo"), y ante quien cada día de su vida se arrodilla Martínez. "Mi vida sin la Esperanza... pues no lo sé, te lo juro. Vivo con la fe en Ella y en Él. Eso me ampara diariamente. Y una de las cosas que le pido es que siempre me pueda *jincar* de rodillas delante de Ellos. Pensar que me falte la Esperanza... no lo pienso... porque si lo pienso...". Abre las compuertas a punto de reventar de su devoción para que corra el torrente de sentimientos que bullen en su alma. Martínez se muestra ya sin recato, con el corazón al aire, las entrañas abiertas para hacer una confesión radical que desarma a la muerte de su azadón de terror y pánico. "Si pensamos que la que está en la gloria se parece a la Esperanza, qué más me da a mí quedarme en la tierra, si sé que me la voy a encontrar allí arriba otra vez. ¡Para qué quiero yo más!". Necesita solo media docena de palabras para construir el más perfecto altar que pudiera imaginarse para la Esperanza, el del amor absoluto, expresando con sencillez aquello que la Virgen representa para muchas personas de distintas épocas y continentes: "No entiendo mi vida sin Ella". "Sería otra vida sin Ella. Le doy gracias a Dios por tenerla y por saber que cuando la pierda en la tierra, la encontraré en la gloria. Procuraré llegar a la gloria para verla más bonita todavía y encontrarme con mi compadre y todos los que se han ido para allá. Y ese *Ramitos* poniéndole allí las flores a la Virgen. No veas cómo tiene que ser la gloria".

Martínez es Martínez gracias a su familia. Se lo debe todo a sus abuelos y padres, también "a mis hijas y nietos, sin olvidarme de mi familia política -precisamente mi yerno Eladio ahora es miembro de Junta-", sin ellos este macareno recio y franco no hubiera sido el mismo. De su amor a la Esperanza no hay duda y solo es comparable al que sentía -y sigue sintiendo a pesar



de su ausencia- por su mujer. "Ella sí que tuvo mérito por haberme aguantado tantos años", reconoce con la delicadeza de quien quiso devolver una parte de lo que recibió a espuertas. "Loli era macarena, tenía la medalla de los cincuenta años como hermana, y esa es la medalla que llevo siempre en mi pecho cuando tengo que asistir a las funciones o misas importantes de la Hermandad. Aunque ella ya no pueda venir, está aquí porque viene conmigo".

Manolo concluye su lección de fe, amor y devoción con dos frases que contienen todos los elementos de la personalidad de un hombre que ha hecho de su apellido una seña de identidad, una filosofía de vida y que sea reconocido entre miles de hermanos como Martínez de la Macarena. "Me gustaría que me recordaran como Martínez, que siempre fue por derecho. He ido con mi verdad por delante y he hecho lo que pensaba que era mejor para la Hermandad, le pesara a quien le pesara; yo siempre decía que de la cancela para adentro nada más que conocía a la Virgen de la Esperanza". Y condensa toda su existencia en una confesión: "Estoy orgulloso de ser macareno".

Ella tiene memoria. Conoce a los suyos, recuerda los nombres de todos y cada uno de los que la han mirado alguna vez a los ojos, le han rezado o han besado sus manos. Claro que los conoce, con sus defectos y virtudes, y los ama. Seguro que en ese listado innumerable de macarenos y devotos la Virgen de la Esperanza tiene bien subrayado el apellido Martínez.